

EDUARDO SGUIGLIA

LA REDENCIÓN  
DEL CAMARADA PETROV



Sguiglia, Eduardo

La redención del camarada Petrov / Eduardo Sguiglia. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2023.

194 p. ; 22,5 x 14 cm.

ISBN 978-987-628-700-5

1. Novelas. I. Título.  
CDD A863

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición: abril de 2023

© Eduardo Sguiglia, 2023  
© de la presente edición Edhasa, 2023

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2° piso C  
C1054AAT Capital Federal  
Tel. (11) 50 327 069  
Argentina  
E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

ISBN: 978-987-628-700-5

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Oportunidades S.A.

Impreso en Argentina

¿Y qué oíste, mi hijo de ojos azules?  
¿Y qué oíste, mi joven querido?  
Oí el sonido de un trueno que rugió sin aviso,  
oí el bramar de una ola que podría anegar el  
mundo entero,  
oí cien tamborileros cuyas manos ardían,  
oí diez mil susurros y nadie escuchándolos...

BOB DYLAN

## Juan

“Si usted tiene la orden de matarme, hágalo ya. Ahora mismo”, me dijo Stanislav Petrov en aquel bar en las afueras de Moscú cuando promediaba noviembre de 1983. Luego se inclinó hacia delante, agitó un puño en el aire y lo bajó hacia la mesa sin llegar a golpearla.

Sus palabras me sorprendieron. Su actitud no. Porque unos minutos antes me había encarado de una manera violenta en la calle donde lo venía siguiendo. Se volvió de improviso, cruzó el asfalto y se lanzó sobre mí a la velocidad de un rayo. ‘¿Por qué me persigue? ¿Qué quiere? ¿Quién es usted?’, me gritó con su vozarrón sin importarle las otras personas que circulaban por ahí. Recién pude calmarlo cuando le mostré el carnet de tapas rojas firmado por el responsable de la inteligencia militar. Le dije que solo quería hablar un momento con él. Entonces, aunque no tenía más remedio, aceptó conversar en el bar que estaba dos o tres cuadras más adelante, cerca de una estación de trenes.

Allí le hice y me hizo muchas preguntas. Durante un largo rato, como era dable suponer, se mostró hosco y desconfiado. Luego, su postura de gallito nacido y criado en Siberia

me sacó de quicio. ‘¿Qué estoy haciendo aquí?’, pensé varias veces. Sin embargo, no quería ni podía abandonar a Stanislav Petrov a su suerte. Mucho menos en esas circunstancias.”

Lee Juan Meyer en voz baja, alza la vista y mira hacia la calle por la ventana de su habitación.

Es un bello amanecer de primavera. Tres o cuatro zorzales y un gato negro vagan de aquí para allá mientras un viento fresco sacude los árboles del Gran Buenos Aires. Juan Meyer piensa en el diálogo que mantuvo con Lola, su bisnieta, la noche anterior.

—¿Qué estás leyendo, abuelo?

—Estoy repasando lo que escribí sobre Stas y también sobre mí.

—¿Stas? ¿El mosvoquita que salvó al planeta Tierra?

—Sí, pero se dice moscovita, no mosvoquita.

—¿Y por qué lo estás repasando?

—Tal vez se publique.

—¿En un libro?

—No lo sé. Quizá.

Juan Meyer permanece pensativo unos instantes. Luego estira los brazos, bosteza, da vuelta la página, alza un lápiz de su escritorio y continúa leyendo:

“Dos razones de peso me contenían para no desentenderme de su caso así como así. Por un lado, que el teniente coronel Stanislav Petrov —según el expediente que me habían entregado apenas llegué a Moscú— acababa de evitar la guerra y el apocalipsis atómico y, por tanto, el final abrupto y desolador de todo lo conocido y de millones de seres humanos. En especial, de hombres, mujeres y niños del hemisferio norte. Ya fuesen creyentes, agnósticos, ricos, desvalidos, honestos,

bandidos, profetas, felices o infelices sin remedio. Pero, cuidado, también a usted, a mí, a nuestras familias y a los otros miles y miles que habitamos estas dulces tierras del sur.

Ya que Petrov, según los informes y testimonios que leí contra reloj durante un par de días, había impedido, desobediendo los fundamentos del militarismo y los protocolos de su búnker, que se utilizara el estrambótico arsenal nuclear que por entonces estaba compuesto por setenta mil ojivas atómicas de mediano y largo alcance. Es decir, una cantidad infinitamente superior a la que había a finales de la Segunda Guerra Mundial, cuando las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki fueron arrasadas por las bombas en cuestión de un instante.

Un arsenal nuclear que, además, estaba en manos de dos personajes temibles que venían desafiándose día tras día. Ronald Reagan, un presidente estadounidense conservador y con ínfulas de cowboy, y Yuri Andrópov, el líder de la URSS, que había jugado un papel clave para aplastar las rebeliones húngara y checa en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado. Ambos esperaban un ataque del otro y ambos estaban preparados para tomar represalias de manera muy rápida.

Cabe apuntar que el mundo en 1983 colgaba de un hilo. Y que, en ese contexto de suma incertidumbre llamado Guerra Fría, no era extraño que los altos mandos civiles y militares de la URSS, en lugar de valorar la actuación salvadora que había tenido Petrov, sospecharan de él y estuviesen urdiendo distintas hipótesis, una más increíble que otra, para explicar y castigar su conducta; traición a la patria, complot, fanatismo pacifista, sabotaje, incumplimiento de sus deberes, colaboración con una potencia extranjera o simple individualismo y falta de disciplina de un torpe indolente.

Y por otro lado, pero no menos importante, que al cumplir con la tarea de averiguar quién era Petrov en realidad y por qué no había hecho lo que las reglas militares le obligaban hacer estaba pagando el favor que le debía al funcionario soviético más comprometido por aquel incidente. A un hombre que había conocido muchos años atrás, que no era un amigo cabal, pero con el que me ligaban buenas y malas experiencias y al que de ahora en más, retomando viejas prácticas que espero sepan comprender, referiré con el sobrenombre de Jefe.

‘Este asunto me está moviendo el piso. Y si se comprueba que fue una falla en el sistema de defensa estoy arruinado’, me dijo el Jefe mientras caminábamos por el interior del Kremlin la misma tarde que volví a pisar Moscú. Luego se detuvo para señalar la bóveda de la sala San Jorge y agregó: ‘No confío en los de arriba, tampoco en mis pares, y no controlo a los camaradas que está investigando. Así están las cosas, doctor Meyer. Por esto mandé a llamarlo de urgencia a Buenos Aires y por esto necesito que me ayude dándome su impresión sobre el asunto de Petrov lo más rápido que pueda’, me dijo.

‘¿Podré entrevistar a Petrov?’, le pregunté cuando terminó de resumirme la historia. ‘Por supuesto. Está de licencia y no presta servicios en mi división, pero conocemos bien su rutina y cualquiera de mis funcionarios puede colocarlo en su camino en el momento en que usted lo desee. Aunque le sugiero que antes lea el expediente que le di’, me dijo.

Y dos días después, en efecto, tuve sentado a Petrov frente a mí en aquel bar de las afueras de Moscú. Y por unos segundos, tras los primeros chispazos, lo estudié con detalle.

Se veía ojeroso y decaído en extremo. Además, le temblaban un poco los labios y las manos y había manchas de nicotina en la punta de sus dedos, como si hubiese fumado de más en esas jornadas que debieron ser terribles para él.

Luego alcé la botella de vodka que había pedido, serví una medida en su vaso, otra en el mío y la tomé despacio. Le seguí el juego.

—No tengo orden de matarlo, pero puedo repetirle lo que le dije en la calle: debo preparar un informe sobre usted, tengo plazo hasta mañana a la noche y me gustaría que colabore sin ofrecer resistencia —repuse.

Petrov se movió en la silla.

—Usted es argentino, ¿verdad? Así también me dijo, ¿no?

—Sí.

—¿Y desde cuándo un argentino o los argentinos se meten en estos problemas?

—¿Hubiese preferido que fuera inglés o estadounidense? —le repliqué a sabiendas de que una de las suposiciones que se tejían sobre él lo vinculaban a los servicios secretos de estos países.

Petrov enrojeció de furia.

—Ya notifiqué a mi superior y al tribunal. ¿Por qué voy a repetir lo sucedido a un argentino, si de verdad eres argentino, que ni siquiera habla bien el ruso?

—Ya le dije.

—¿Por un informe de mierda? ¿Y a quién se lo va a presentar? ¿A un burócrata de... cómo se llama la capital de su país? —preguntó en un tono despectivo, haciendo chasquear los dedos.

—De Buenos Aires.

—Sí. Eso. De Buenos Aires.



—No. En la calle también le confié a quién se lo debo presentar —dije mencionando al Jefe con nombre, apellido y jerarquía completos, y decidí jugar una carta adicional con la intención de ponerlo en caja—: ¿Recuerda el grado militar con el que se me identifica en el carnet?

—Sí —respondió Petrov.

—Por lo tanto, le exijo un trato respetuoso —dije.

Petrov se inclinó hacia atrás.

—Raro. Todo muy raro —dijo, respiró hondo y preguntó—: ¿Dónde conoció al Jefe?

—En la Segunda Guerra Mundial.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo, por qué y cuándo un argentino pudo conocer a nuestro ilustre general durante la Gran Guerra Patria? Dígame —me interpeló.

En aquel instante, pensé muy bien lo que iba a contestar. No solo porque su pregunta me hacía retroceder cuarenta años, a una gran franja boscosa situada a mitad de distancia entre Moscú y Berlín, sino también a una época muy diferente. Cuando gozaba de mayor vitalidad, estaban en juego otras convicciones y, según mis padres, solía ser un idealista empedernido.

Por cierto, jamás supe de alguien que haya imaginado todos los cambios que se dieron desde entonces. En el terreno social, en los derechos civiles y, sobre todo, en las comunicaciones. Tal vez Karl Marx y Friedrich Engels cuando se refieren a que en esta sociedad capitalista nada permanece en su sitio y todo lo sólido se desvanece en el aire. Sí. Ellos y quizá Nicholas Negroponte, un gringo que previó hace poco el despertar de la era digital y lo que vendría después.

Aun así y volviendo a la pregunta de Petrov, puedo asegurar que, si bien en todo este tiempo me dediqué a otros

quehaceres y pasé por buenos y muy malos momentos, lo vivido en esos años de guerra, aunque suene a pura nostalgia, todavía habita en mi interior, como recuerdos forjados en lava y cenizas, de los que marcan a uno.

El Jefe, por su parte, había hecho en ese largo período una impecable carrera en el ejército, en la diplomacia y en la administración de su país. Después de su actuación en la Gran Guerra Patria, como la referían Petrov y los soviéticos, se había convertido en un hombre poderoso y había logrado que le temieran y lo respetasen en forma pareja.

Sin embargo, cuando lo conocí, el 10 o 12 de junio de 1943, reposaba en un catre de lona que ocupaba la mitad de una cabaña calurosa y húmeda, situada entre un pantano y un bosque de tilos, a ciento cincuenta kilómetros al suroeste de mi campamento.

Estaba a oscuras, dormía boca arriba, y por la fiebre y las ampollas que le cubrían los pies deduje que tenía gangrena. Era poco antes de la célebre batalla de Kursk, que fue el principio del fin para los ejércitos nazis que habían invadido Rusia, y los médicos que asistían a la brigada de partisanos que él comandaba se habían lavado las manos.

El Jefe, en aquella oportunidad, demoró en percibir mi presencia. Me echó un vistazo y después le hizo una seña al oficial que me había conducido a toda prisa hacia su base por órdenes del Estado Mayor. El oficial, que aguardaba de pie al lado de la puerta, lo auxilió enseguida. Le cruzó una almohada por debajo de la espalda, le llevó el pelo largo, negro y sucio hacia atrás y le dio agua de la cantimplora que tenía colgada en un hombro.

El Jefe, en ese tiempo comisario del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos, tomó un largo trago de agua con

los ojos cerrados y, cuando terminó, quiso saber mi nombre, profesión, grado y la ubicación de mi compañía. No le pareció extraño que fuera un voluntario argentino. Había conocido a un par de compatriotas en Madrid años atrás, durante la guerra civil española.

Aunque, tomando en cuenta mis estudios y mi experiencia en el campo de la medicina, objetó que los mandos regionales de Bielorrusia hubiesen aceptado que, en lugar de dirigir un hospital de campaña, fuera responsable de una unidad de combate. Poco tiempo después, cuando le reportaron la cantidad y la calidad de las acciones que habíamos hecho con la unidad, cambió de opinión.

El Jefe, antes de que lo revisara de pies a cabeza, se incorporó sobre un codo y estiró un brazo para alzar un cuaderno de notas y un par de lápices que estaban en el suelo, a la altura de sus hombros. A un lado del catre, yacían también una granada antitanque, un paquete de cigarrillos Belomor, un bastón de caña y una pistola de ocho tiros. Luego se inclinó hacia mí, abrió el cuaderno y me mostró las primeras dos hojas.

—En esta hoja, ¿ve?, apunto nombres y apellidos para no olvidarme de nadie —dijo en español—. Primero los escribo en lápiz. Después, con el tiempo, paso a unos cuantos (no a todos) a una tinta negra, indeleble. Mire, aquí, en esta otra hoja están los que pasé al color negro. Es una lista larga, que crece solita. Son los hijos de puta, los desagradecidos y los traidores que jamás olvidaré y que más temprano que tarde, cuando esta guerra termine y el socialismo bajo la conducción de Iósif Stalin reine en la faz de la tierra, me la van a pagar —dijo, hizo una pausa para tomar aliento y, mirándome por el rabillo de sus ojos marrones y hundidos, agregó—:

Espero, doctor Meyer, capitán Juan Meyer, que me cure la enfermedad y que nunca tenga que pasar su nombre de una lista a la otra.

Por unos instantes, recordé aquellas palabras del Jefe. Luego miré a Stanislav Petrov, apoyé el vaso de vodka en la mesa y solté una respuesta que no tenía nada que ver con lo que me había preguntado.

—Con el Jefe no se juega —dije.

Petrov se volvió a mover en la silla.

—¿Quién juega? Yo le pregunté cómo y cuándo lo había conocido. Solo eso —dijo. Después sacó un paquete de cigarrillos y un encendedor del bolsillo superior de su campera. Se inclinó sobre la ventana, tomó el último cigarrillo que había en el paquete, lo prendió y le dio tres pitadas seguidas. Fumó mirando hacia la calle, y yo aproveché esa pausa para ojear el interior del bar.

El hombre que había entrado después de nosotros estaba de espaldas, acodado en la barra. Tal vez era un soplón de otro ministerio. O de la policía secreta. Luego miré hacia el fondo del salón donde una pareja de ancianos compartía una mesa. No había más nadie. El bar estaba en silencio. De vez en cuando, pasaba un auto calle abajo.

Al rato, Petrov volvió la vista hacia mí. Me señaló con el índice.

—¿*Partigiano*? —preguntó.

Asentí.

—Sí, fui partisano —dije.

—¿En Ucrania?

—No, en Bielorrusia.

—¿Judío?

—No.

Petrov volvió a mirar por la ventana. Fumó unas pitadas más antes de apagar el cigarrillo en un cenicero metálico que estaba atornillado a la mesa. Estrujó el paquete vacío y señaló la estación de trenes con el mentón.

—Necesito comprar tabaco. Por esa razón salí de casa y vine caminando hacia acá. En unos minutos regreso —dijo y esperó a que yo asintiera para ponerse de pie.

Luego se calzó el gorro, los guantes, la bufanda y salió del bar. Caminó un tanto encorvado, con la cabeza baja. Era una tarde de sol, atípica para esa época del año, y estaba fresco, tal vez uno o dos grados bajo cero, pero no cerró su campera. Y mientras lo veía cruzar la calle hacia la estación de trenes pensé que su figura podía simbolizar lo que por entonces era la URSS y su gobierno.

Cuarenta y cuatro años recién cumplidos, cejas espesas, semblante áspero, pelo hirsuto y muy corto, barba incipiente, talante insufrible y ropa ordinaria de colores difusos: un pantalón marrón que le quedaba grande y una campera de lana que en un tiempo lejano había estado de moda. No obstante, sus gestos remitían a un personaje del neorrealismo italiano. Tal vez al actor de *Ladrones de bicicletas*, un verdadero clásico de mi juventud.

También pensé que no era el mismo hombre que media hora antes había estado a punto de golpearme. ‘Mejor así’, me dije. Más fácil de aflojar. Y de enterarme si en el incidente nuclear había actuado por su cuenta o cumpliendo el mandato de otros. Además, de confirmarse esta impresión, podía terminar rápido con una labor que me resultaba desagradable. Tremendamente desagradable. Era cuestión de repetir las preguntas, encontrar la punta del ovillo y tirarle la lengua sin pausas ni escrúpulos. Porque el proceder de

Petrov hasta ese momento no había despejado mis dudas ni me había permitido deducir quién era en verdad.

¿Un agente encubierto capaz de realizar una acción de alto impacto? ¿Un peón de segunda o tercera categoría? ¿El típico burócrata que, de buenas a primera, rompe con todos los moldes y se arriesga por sus semejantes con el vigor y la convicción de un titán? ¿O un pacifista convencido que se había equivocado de oficio?

Tenía todas estas dudas y también una certeza: que su incursión por la estación de trenes le iba a llevar más que unos minutos. Que iba a tomarse su tiempo. Así que acabé el vodka, me serví otra medida, saqué la pipa de mi abrigo, la preparé, prendí un fósforo y aspiré hasta verla bien encendida. Por un rato, disfruté el tabaco que había comprado en la última escala del vuelo de Buenos Aires a Moscú. Era una variedad de Latakia, mi favorito.

Había comprado una lata de tabaco para mí, otra con un sabor más intenso para el Jefe, y apenas pisé su despacho en el Kremlin las habíamos abierto para probarlas entre los dos. No cualquiera fumaba con él, al menos durante la guerra. En aquel tiempo, cuando había un alto en los combates, el Jefe, que iba camino a cosechar fama y honores por su participación en el frente, buscaba un lugar alejado de la tropa, apoyaba su ancha espalda en un árbol y, sin dejar de empuñar el bastón, permanecía solitario y pensativo, con cierto aire maléfico, mientras liquidaba un cigarrillo tras otro.

La primera vez que fumamos juntos, hacia fines de junio de 1943, hacía casi dos años que yo había llegado a Rusia. En aquel momento, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas; la extensa, polémica y criticada URSS. El Jefe me había pedido que me quedara en su campamento hasta que

estuviese repuesto de la gangrena. Y dos o tres días después de haberse curado quiso reunirse conmigo. Caminó hacia el rincón del bosque donde yo estaba escribiendo unas cartas. Me saludó con un gesto y luego me tiró a las manos un paquete de tabaco Herzegovina Flor, la marca que solo consumían los líderes. Sus movimientos ya eran firmes y enérgicos. ‘Llene con este buen tabaco su pipa y venga a verme. Estaré al final del sendero’, me dijo.

Eran las primeras horas del día, y desde la madrugada había oído cómo la artillería del Ejército Rojo disparaba sus cañones por encima del campamento. Nadie sabía con exactitud dónde caían las bombas, tal vez a veinte o a treinta kilómetros de distancia, y era inquietante que explotaran tan cerca. ‘Están atacando. Van directo hacia Kursk, cerca de la frontera con Ucrania’, me había dicho un partisano en cuanto la tierra tembló. El ataque pretendía expulsar al ejército alemán de Ucrania y del Cáucaso para acorralarlo en el oeste, en Bielorrusia. Y las decenas de partisanos que obedecían al Jefe tenían la orden de destruir distintos tramos de las principales vías de comunicación, en particular las ferroviarias.

El Jefe dio media vuelta y se internó en el bosque. Yo hacía mucho que no le escribía cartas a mi familia y tenía bastante que contar. Pero guardé los papeles en la mochila, saqué la pipa, me puse de pie y seguí sus pasos al instante. Subí por la loma que conducía al sendero húmedo y esponjoso que me había señalado. A izquierda y derecha, grupos de partisanos estaban reunidos, alistando sus armas y equipos. Otros permanecían entre los árboles, en los puestos de guardia. El campamento del Jefe estaba situado en un lugar alto, de abundante vegetación. En algunos tramos, se podía

mirar hacia abajo, donde sobresalían los grandes helechos y también donde había una hondonada y se distinguía una línea de pinos, de color verde oscuro.

El Jefe, que fumaba a la sombra de un tilo, se sacó el cigarrillo de los labios al verme llegar. ‘Venga, por aquí’, me gritó en español. Luego paseó la mirada por los árboles. Tenía una barba de dos dedos de largo, el pelo revuelto, y el humo del cigarrillo le subía por los costados de su nariz pequeña y redonda. Llené la pipa, la prendí y la fumé sin apuro. Después comenzamos a hablar. El Jefe me preguntó, entre otras cosas, por qué me había alistado en la guerra contra el fascismo y de qué modo había sido designado al frente de una unidad guerrillera. También se interesó por el viaje que había hecho de Buenos Aires a Moscú. Aquel día, comenzamos la charla cuando no eran más de las ocho de la mañana y habremos hablado hasta que el bosque se despobló de luz.

En primer lugar, le dije, de la misma manera que les había contado a todos hasta entonces, que mi decisión de sumarme a las filas antifascistas había estado influenciada por el impacto que me había producido el acto que los nazis criollos habían llevado a cabo en el Luna Park, en pleno corazón de Buenos Aires. Veinte mil argentinos con uniformes y banderas llenas de cruces esvásticas celebrando que Hitler había anexado a Austria a su régimen en tanto la prensa informaba que la persecución que se había desatado en Viena contra hebreos, marxistas, socialistas, demócratas, gitanos, opositores y libertarios era totalmente espantosa.

Le conté que aquel acto había sido un gran empujón para mí. Tanto o igual que la represión policial que sufrí unos días después en la barranca de la plaza San Martín, junto con mis compañeros de la Facultad de Medicina,



por participar en la protesta que se había organizado al difundirse la noticia de que más de doscientas escuelas argentinas pregonaban la cultura y los valores fascistas. ‘Nos molieron a palos. Dos costillas rotas y una semana a pan y agua en un calabozo mugriento’, le dije mientras llenaba una pipa tras otra.

Sin embargo, no le mencioné ni una palabra de lo que a esta altura no tengo inconveniente en reconocer: que el principal estímulo que tuve para involucrarme en el conflicto bélico más sangriento de la historia me lo dio Emma Feijoo, una mujer de belleza, inteligencia y coraje infinitos. Emma, que había completado sus estudios secundarios en el Nacional Buenos Aires, estaba a punto de recibirse de arquitecta, y todos los solteros de mi barra le andaban detrás. Y antes de amarnos durante un tiempo participamos de las mesas filosóficas que se improvisaban los viernes a la noche en el subsuelo del Café Tortoni.

Un viernes de noviembre o de diciembre de 1939, si la memoria no me falla, yo había regresado de Jujuy, donde colaboraba con el doctor Salvador Mazza, y uno de los amigos que iba al Tortoni, periodista del diario *Crítica*, aludió a mi condición de profesional especializado en salud pública al momento de presentarnos.

Emma se puso de pie con un gesto simpático y me extendió la mano, sonriendo con toda la cara. ‘¡Oh!, este es mi hombre’, dijo. Y al rato, cuando me referí a un texto de González Tuñón y, a renglón seguido, le pregunté si había leído algo de él, volvió a sonreír. Estiró hacia abajo su blusa color turquesa y me miró con la irresistible combinación de ironía, desafío y vanidad que solo le he visto hacer a las porteñas.